

BIBLIOTECA PARTICULAR
DE LA

Srita. Felicitas Lozaya

PROFESORA DE CANTO.



XXI

UN aluvión de preguntas incoherentes y desordenadas brotó de mis labios en cuanto vi á Boy despierto. La memoria de aquellos peligros que con tanto anhelo había yo procurado conjurar, huyó lejos de mí, y ya sólo pensé en que le veía allí, en que le tenía en mi casa sano y salvo y bajo mi protección y custodia.

Fuera de mí de contento hacía le pregunta tras pregunta, y acariciábale como á un niño, pasando mis dedos entre sus despeinados cabellos, que cual un nimbo de oro coronaban su frente, envejecida, á mi parecer, en aquellas cuarenta y ocho horas.

Dejábame él hacer y decir sin contestar palabra, sentado siempre en el borde de mi cama y balanceando las piernas, que no le llegaban al suelo; á veces daba desco-

munales bostezos, última evaporación, sin duda, de su pesado sueño.

De pronto dijo con su habitual y socarrona calma:

—¿Has acabado ya?

—Cuando quieras te cedo el uso de la palabra...

—¿Qué hora es?...

Apresuráme á mirar el reloj, y dije:

—Las nueve y cuarto.

—Pues con una sola respuesta voy á contestar á todo ese cólico de preguntas... ¡Entérate bien!... Á las nueve y cuarto de la noche de hoy miércoles 12 de Marzo, ha nacido en mí un hombre nuevo, sin padre ni madre, como dicen de Melquisedech, y que no guarda más recuerdo de lo pasado, que el que puede guardar un recién nacido del vientre de su madre... Así es que desde esta fecha para atrás, que llamaremos *Era antigua*, no preguntes, no indagues, porque nada sé de mí mismo, nada respondo ni responderé nunca, porque no me da la gana... Pero desde esta fecha en adelante, que será la *Era moderna*, pregunta lo que quieras, aunque sea todo un Catecismo, porque demasiado sabes que para mi Burundita no tengo yo secretos...

Y como lo dijo lo cumplió aquel testarudo, cuyo prurito de hombre fuerte y discreto le hacía ocultar bajo impenetrable reserva su corazón, manando sangre en aquel momento, como oculta el guerrero su herida de muerte bajo una férrea coraza!...

Ni entonces ni nunca pude sacar á Boy una sola palabra de lo que hizo y le aconteció desde aquella madrugada funesta en que salió de mi casa, hasta el momento en que disfrazado, de lacayo, volvió á entrar en ella.

Sólo por conjeturas, y atando varios cabos sueltos, no supe, sino deduje mucho más tarde, que al oirse Boy pregonado por las calles el día del asesinato de Joaquinito López, y previendo desde luego la horrible alternativa en que había de verse en cuanto le sometiesen á un interrogatorio, habíase refugiado por el pronto en casa de su nodriza, excelente mujer que vivía en aquella ciudad.

Tenía ésta dos hijos, uno guardia civil, y otro lacayo en una casa muy conocida, y ambos cuidaron de informarle hora por hora del rumbo que tomaba el asunto. Mas cuando supo por el guardia, que se había

dictado el auto de prisión, decidióse á venir á mi casa para no comprometer á aquel pobre muchacho, que arriesgaba su vida por encubrirle, y vínose, en efecto, en cuanto fué de noche, disfrazado con la ropa del otro hermano lacayo.

Tenía Boy el don de hacerme rabiar en todas nuestras conversaciones, y complacíase en ello, porque sabía que mis rabietas duraban poco y nunca pasaban de la superficie.

Dióme, pues, rabia aquel exordio sobre las preguntitas, cuando yo esperaba, como era natural, espontáneas confidencias, y volviéndole la espalda bruscamente, comencé á pasear por el cuarto, murmurando entre dientes:

—¡Descuida!... No seré yo quien te pregunte mucho, ni de la Era antigua ni de la moderna...

Él, sin moverse de su sitio, me gritó con sorna.

—Mira, Burundín, no te montes ya á la heroica, ni empieces á pasear *irado e não facundo*... Cuando yo me ahorque á mí mismo, te permitiré con mucho gusto que me tires de los pies, como me decías la otra noche... Pero cuando me ahorquen contra

mi voluntad, espero que me ayudes á cortar la cuerda, y cuenta que si tú no lo haces, me veo en mucho peligro de bailar un tango por los aires.

Y con un dejo de tristeza y de amargura que me llegó al alma, se puso á cantar á media voz esta copla andaluza:

«No tengo padre ni madre
Ni quien se acuerde de mí;
Me arrimo á los *mulaares*,
¡Las moscas huyen de mí!»

Esto solo bastó para disipar mi enojo, como á una pompa de jabón basta un soplido de viento, y exclamé angustiado, cual si viera ya á Boy danzando por los aires:

—Pero tú, ¿qué piensas hacer, cabeza de chorlito?... ¿No sabes que han dictado contra ti auto de prisión?...

—Lo sé, y por eso quiero quitarme de en medio.

—Y ¿á qué esperas?...

Hizo entonces Boy lo que los Lacedemonios ante los Espartanos, cuando por toda petición les mostraban un saco de trigo vacío... Sacó del bolsillo un portamonedas con sólo seis pesetas dentro, y vaciándolas en la palma de la mano, mostrómelas repi-

tiendo con irónico énfasis aquello del *Romancero*.

«Veintidos maravedís
Para cada día os quedan.
Tratadvos como quien sois;
Non endureis la despensa...»

—¡Majadero!—exclamé yo, dándole tan furibunda palmada en la mano, que echaron á rodar las seis pesetas. — ¡No pienses en eso!... ¿Dónde quieres ir?

—Á Madrid.

—Pues esta misma noche nos iremos.

—¿Nos iremos?—dijo Boy con extrañeza.

—¡Sí, nos iremos!... ¿Qué tiene esto de singular?...

—No es el singular el que me choca... Lo que me extraña es el plural. ¡Nos iremos!... ¿Acaso piensas tú venir conmigo?...

—Y ¿has podido dudarle un momento?—exclamé impetuosamente, lanzándome á su cuello.

Un relámpago de vivísimo gozo y de enternecimiento brilló por un instante en los ojos de Boy. Dominólo, sin embargo, al punto, y desprendiéndose de mí, dijo con impaciencia:

—¡Santo Dios de Israel!... ¿Empiezan otra vez las escenas?... ¿Que no has de poder hablar dos palabras sin que tengamos que representar un acto por lo menos de *Julieta y Romeo*?...

Sin hacerle caso esta vez, púseme á exponerle un plan de fuga que tenía yo muy madurado, previendo que llegase este caso.

Pasaba el expreso de Cádiz á Madrid por la estación de X*** á las cinco de la mañana, y una hora después deteníase un minuto en cierto solitario apeadero llamado *El Gallo*, donde tenía yo, á dos kilómetros de distancia, un cazadero.

Imaginé, pues, para evitar los peligros de la salida, que eran los mayores, arrancar en coche de mi casa por la madrugada, como si fuéramos de cacería, y tomar el tren á las seis de la mañana en el Apeadero del Gallo, hora en que los viajeros, rendidos de fatiga, suelen, por lo general, ir durmiendo.

No había entonces *sleeping-car* en aquella línea, y para evitar también algún encuentro importuno con pasajeros amigos ó conocidos, pensé mandar reservar todo un departamento de primera, donde pudiéramos ir solos Boy y yo con los perros y

escopetas, continuando así hasta Madrid nuestro papel de cazadores.

Si para algo era menester dar la cara en el viaje, daríala yo, conservando mi nombre de Marqués de la Burunda; Boy habría de callar siempre y pasar por un amigo mío, diplomático inglés que se llamaba Sir Tomás Harrison.

Escuchábame Boy muy atento, dando muestras de aprobación, y satisfecho yo con esto, le pregunté muy ufano:

—¿Te parece bien?... ¿Lo encuentras fácil?... ¿Estás contento?...

Boy movió negativamente la cabeza.

—Pues ¿qué dificultad encuentras?...

—Que detesto á los ingleses y ni en broma quiero serlo ni por un momento.

—Pues serás francés y te llamarás Motteville...

—¿Francés?... Mucho menos.

—Entonces, belga, y te llamarás Juan Vanloo.

—En lo de belga estoy conforme...; pero no quiero llamarme Juan.

—Pues ¿cómo diablos quieres llamarte?...

—Paulino.

Fué tal el coraje que me dió esta salida

de pie de banco, que no pude dominarme, y contesté indignado:

—¡Pues llámate Perico el de los Palotes, ó Diego Majaderías, ó Pedro Sinseso, que en siendo cosa huera todo te vendrá bien!...

Contúveme al punto, sin embargo, porque comprendí que Boy quería otra vez impacientarme y disimulaba, según su costumbre, la gratitud y la emoción que le causaba la solicitud de mi sencillo cariño, al verle en peligro, solo y de todos abandonado...

¡Extraño carácter el de aquel hombre, que teniendo gran corazón se empeñaba en ocultarlo, y siendo de agudo entendimiento se complacía en pasar por un *boy* insustancial y frívolo!...

Dí, pues, por aprobado mi plan sin meterme en más averiguaciones, y salí fuera para dar las órdenes necesarias. Preciso era no perder un instante si habíamos de partir aquella noche; eran ya las diez y necesitábamos cerca de tres horas para llegar al Apeadero del Gallo á tiempo de alcanzar el expreso.

Mandé, pues, al cochero tenerlo todo listo para las dos de la madrugada y encargarse antes en la estación el coche reser-

vado; ordené también á Celestín preparar dos maletas, una para Boy y otra para mí, y hacer al mismo tiempo la suya propia, pues que había de acompañarnos en el viaje.

Tenía Boy la misma estatura que yo y las mismas proporciones, y servíase de mi ropa como de la suya propia; fácil fué, por lo tanto, improvisarle un equipaje completo, porque mi guardarropa estaba entonces lo suficiente abastado para surtir de todo lo necesario, y aun de lo superfluo mismo, á dos ó tres elegantes...

Dadas estas disposiciones, pensé entonces en despedirme de mi tía; encontréla en su *boudoir* con Beatriz haciendo *crochet*. Mi tío habíase acostado muy temprano, molestando por la gota que le aquejaba. La alteración de mis facciones reveló al punto á la de Astures que algo extraordinario pasaba; levantóse prontamente, y para no alarmar á Beatriz, me dijo:

—Ya tengo escrita la carta para Deza... Ven á ver lo que te parece.

Llevóme á otro cuarto del lado, y allí, de pie y en muy pocas palabras, díle cuenta de la llegada de Boy y de la fuga que preparábamos. No pareció sorprenderse.

—Bien hecho—me dijo;—lo mejor que puede hacer es quitarse de en medio.

—Pero no por eso—repuse yo—debe desistirse de hablar á Deza...

—¡Por de contado!... Pues no por haber huido Boy dejará de seguirse aquí el proceso.

Entonces dije yo tímidamente:

—Quizá Cayetano Méndez quiera encargarse...

—Y ¿á qué?—me interrumpió mi tía vivamente.—¿No puedo hacerlo yo misma tan bien como él, por lo menos?... Mañana iré yo á San Fernando y hablaré largamente con Deza... Tú no te preocupes de eso, porque queda á mi cargo. Ocúpate sólo de acompañar á ese pobrecito y de no dejarle hasta que esté en salvo y completamente tranquilo... Sobre todo, que lo veas tranquilo, y mientras tanto no lo dejes solo un momento... ¡Pobre muchacho, tan abandonado de todos!... Te aseguro que me dan ganas de ir á tu cuarto, para verle y consolarle un momento... Pero no sería prudente, ni delicado tampoco... ¿Verdad?

Abracé á mi tía con entusiasmo, admirando su magnanimidad, y separámonos al fin, encargándome ella que le escribiera y

prometiéndome á su vez hacerlo, para tenerme al corriente de sus gestiones con Deza...

Aun no había pasado un cuarto de hora, cuando entró en mi cuarto un criado de mi tía con una carta, que me entregó diciendo:

—De la Sra. Condesa.

Abríla vivamente y leí estos renglones de mano de mi tía:

«Se me olvidó decirte que en este momento escribo á D. Braulio Crespo (era éste el apoderado de mis tíos en Madrid), que se ponga á tus órdenes y advirtiéndole que llevas letra abierta sobre nuestra cuenta corriente en el Banco.»

Llegó por fin la hora de marchar: habíamos vestido nuestros trajes de caza y había-se puesto Boy encima un capote de monte, mío, cuyo alto cuello podía ocultarle el rostro por completo.

De pie ante el gran espejo de mi ropero, terciábase el capote, ladeábase la gorrilla y manejaba la escopeta diciendo mil tonterías, con la gracia y distinción natural que siempre y de cualquier manera resplandecía en su persona.

Siempre que veo el magnífico retrato

que pintó Velázquez del infante D. Fernando, hermano de Felipe IV, me acuerdo de la elegante silueta de Boy delante del espejo en aquellos momentos.

Salimos muy en silencio de mi cuarto para no turbar la quietud y el reposo que reinaban en la casa, y cruzamos de puntillas la gran galería que daba al jardín, á la sazón escasamente iluminada...

De repente, y á la mitad de ella, surgió de detrás de un macetón que tenía una palmera, una especie de sombra blanca que se adelantó ligera hacia nosotros. Á la tenue luz que allí reinaba parecía un fantasma ó un ángel...

Llegóse á Boy sin decir palabra; púsole en la mano un sobre en blanco, y huyó á refugiarse en el hueco de una de las ventanas... Conocíla al punto, y Boy debió también conocerla. Era Beatriz... ¿Cómo averiguó la pobre niña la presencia de Boy en mi casa? ¿Adivinó acaso que si no le veía aquella vez no le volvería á ver nunca?...

Arrastré fuera de la galería á Boy, que se había quedado inmóvil y atónito con el papel en la mano. Al salir, oímos allá en lo hondo de la ventana, un llanto desolado, muy comprimido, muy bajo, muy quedito...

En el gran patio del palacio hallábase ya preparado el coche, y el cochero y Celestín acomodaban en él los perros y las escopetas. Acercóse mientras tanto Boy á la luz de un farol y rasgó violentamente el sobre que Beatriz le había dado.

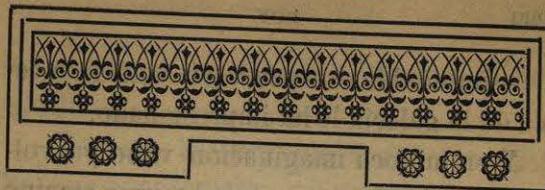
Sólo contenía un diminuto escapulario del Carmen, encerrado en dos primorosas bolsitas de cabritilla blanca, unidas por cordones de seda también blancos. Entonces le oí murmurar á Boy esta frase que recuerdo haber leído en alguna parte:

«¡Pasé junto á mi dicha y la pisoteé sin conocerla!...»

Subimos al coche, yo delante para guiar, á mi lado Boy y dentro el cochero y Celestín con los perros y escopetas. Al salir por el ancho portalón del palacio, vínome á la memoria con gran insistencia el letrero esculpido en el frontis de la fachada, y lo repetí dentro de mí devotamente:

*Dominus custodiat introitum tuum et exitum tuum
ex hoc nunc et usque in saecula. Amen (1).*

(1) El Señor guarde tu entrada y tu salida, ahora y siempre. Amén.



XXII

NADA de particular nos sucedió en el camino.

Ocupado yo en guiar los caballos y hacerles sortear los muchos pasos dificultosos de aquella descuidada carretera, no me era posible entablar una conversación seguida, y Boy, por su parte, no se cuidó de hacerlo.

Caminábamos, pues, en silencio y mirábale yo de soslayo de cuando en cuando: vile siempre encogido en su asiento cual si tuviese frío, y zambullido el rostro en el alto cuello del capote, que sólo dejaba asomar sus ojos abiertos, fijos y relucientes como dos luciérnagas.

Llamóme la atención que fumaba sin cesar cigarro tras cigarro, signo en él de preocupación hondísima.

—Indudable es—pensé yo—que la escena de la galería le ha impresionado.

Y en mi loca imaginación vime ya volviendo triunfante por aquel mismo camino con Boy al lado, libre de todo peligro, arrepentido de los yerros de su *Era antigua* y decidido en su *Era moderna* á no pasar junto á su dicha sin conocerla, que era el ideal que desde hacía veinticuatro horas acariciaba yo en mi mente.

Al amanecer, cuando á la lívida luz del crepúsculo comenzamos á distinguir claramente los objetos, me dijo Boy de repente:

—¿Traes algo que comer?...

Díme una palmada con gran pesadumbre, y paré el coche en el acto.

—¡Caramba!... ¡Me he olvidado por completo!... ¿Tienes hambre?

Mas Celestín, que había oído la pregunta de Boy, se apresuró á decir:

—Señor Marqués..., aquí va una cesta llena.

Volvímos la cabeza prontamente y vimos sobre las rodillas de Celestín una primorosa fiambarrera de mimbres, bien provista por las trazas.

—La Sra. Condesa—añadió Celestín—la mandó preparar para que los señores no

tuviesen que bajarse en el camino, si no querían...

—Por eso lo preguntaba yo—me dijo Boy muy por lo bajo;—no nos conviene bajarnos en el camino.

—Y ella misma—continuó Celestín—estuvo en el *ofice* hasta la una y media viendo cómo la preparábamos.

Hizo Boy un gesto de admiración, y yo dije con entusiasmo:

—Pues tú no sabes lo que en ella supone eso; porque de ordinario á las once está ya en la cama, y á las siete oyendo Misa en la iglesia.

—Es para ti una verdadera madre—dijo Boy gravemente.

Y yo, con la obsesión de mi idea, que llegaba á nublarne las luces del entendimiento, añadí estúpidamente:

—¡Y para ti podría ser una excelente suegra!...

Boy no pareció enterarse, porque en aquel momento preguntó á Celestín si había en la cesta algún poco de ron ó coñac, para *matar el gusanillo*, como dicen en aquella tierra.

Sacó prontamente Celestín un frasco de excelente ron y dos vasitos de plata; sir-

viónos á los dos con mucho primor, y sin duda, era *el gusanillo* lo que amordazaba la lengua de Boy, porque desde aquel momento comenzó á charlar, y ya no paró hasta que llegamos á las seis menos diez minutos al Apeadero del Gallo, solitario y silencioso como un desierto.

Llegó el tren á su hora y se detuvo un minuto dando resoplidos como un monstruo fatigado que descansa un instante para cobrar alientos. Ni un solo viajero apareció en las ventanillas, como yo había previsto, y pudimos, por lo tanto, Boy y yo acomodarnos en nuestro reservado sin que nadie nos viera.

No bien el tren se puso en movimiento, hizo Boy una cosa extraña en él, que me dejó estupefacto: tuve, sin embargo, la inusitada prudencia de no decirle nada, ni aun darme siquiera por entendido de que lo había visto.

Despojóse del capote de monte, y sin recatarse de mí ni darme explicaciones, desabrochóse toda la ropa que traía debajo, incluso la camisa, y colgóse al cuello, á raíz de la carne, el escapulario que Beatriz le había dado, después de besarlo devotamente.

—¡Ea!... Ahora á dormir—dijo después muy satisfecho.

Y haciendo con el capote y las mantas un cómodo lecho, tumbóse á la larga en todos los asientos de un frente, y se echó á dormir ó á pensar, que de esto no puedo dar testimonio fidedigno.

Llegamos á Madrid muy después de la media noche, y fuímonos á un hotel de segundo orden que había entonces en la Puerta del Sol, esquina á la calle del Correo: así lo habíamos convenido en el viaje para evitar en lo posible encuentros de gente conocida.

Pidiéronnos en el *bureau* nuestros nombres, porque andaba muy en ascuas la Policía, temiéndolo todo de la reacción y los reaccionarios. Dí yo el mío sencillamente, y Boy, con mucha formalidad y perfecto acento extranjero, dió el que se le había metido en la cabeza, Paulino Vanloo, añadiendo la extravagante coletilla, que debió ocurrírsele en el momento, de *Ingeniero jefe del Canal de Otranto*.

No pude menos de soltar la risa al oír tan extraña salida, y cuando nos vimos á solas reprendíle su falta de formalidad, que podía fácilmente traernos un compromiso.

—¡Bah!—me contestó.—Para un día que vamos á estar aquí, lo mismo puedo ser *Ingeniero jefe del Canal de Otranto*, que *Capitán general de las Galeras turcas*.

Así por los cabellos la ocasión que se me presentaba de indagar los planes de Boy, que aun no se había dignado comunicarme, y preguntéle, creyéndome en esto dentro de la *Era moderna*:

—Pero ¿tan de paso vamos á estar aquí?

Pareció él quedarse un momento perplejo, y contestó al fin lacónicamente:

—Mañana te lo diré... Ahora no lo sé yo mismo. Podría ser un viaje muy largo, muy largo, y podría ser poco más allá de Victoria...

—Supongo que ese viaje largo, largo, no será el de la eternidad—dije sintiendo renacer mis siniestros temores.

—El de la eternidad no es largo, sino bien corto... Con tirarte por el viaducto, estás allí en un minuto...

Dióme frío aquella bromita macabra, pero ya no pude decirle más porque había llamado á Celestín y ayudándole él deshacía su maleta. Díjome que tenía sueño y quería acostarse temprano para madrugar

mucho al día siguiente: opté yo también por lo mismo, y comencé mis preparativos para acostarme.

Teníamos un cuarto muy capaz para los dos, con sendas camas paralelas; á la izquierda había otro muy pequeño, donde Boy mandó colocar el baño, de que nunca prescindió un solo día en su vida, y á la derecha un saloncito que destinamos á comedor, porque desde luego pensamos, para conservar nuestra independencia, comer aparte y que Celestín nos sirviera.

Acostéme yo antes que Boy, y sentado en la cama y fumando un cigarro, vile á él desnudarse, trasteando al mismo tiempo por el cuarto. Acechaba yo la ocasión de preguntarle algo sobre aquel viaje largo, largo, que tan mala espina me había dado, y al verlo ya en camisión de noche y próximo á meterse en la cama, le dirigí la palabra.

Mas él, muy serio y grave, me contestó:

—Calla ahora, que estoy rezando...

Vile, en efecto, arrodillarse á los pies de la cama, hundir en ella el rostro entre sus manos cruzadas, y permanecer así un minuto muy escaso. Levantóse al cabo, con el

rostro todavía contraído por honda emoción, y dijo muy grave, muy serio, emocionado aún:

—Habla ahora... Ya acabé.

—Pero chico—exclamé yo estupefacto,— ¿rezas tú por logaritmos?...

—Ni con Dios me gusta ser pesado—repuso Boy gravemente.—Rezo lo bastante para que Dios me entienda y sienta yo que me ha entendido... ¿Crees que Dios necesita, como tú, un cucharón de bayeta para conocer lo que hay en el fondo de los corazones?...

—Pero si no has tenido tiempo ni de rezar un Avemaría...

—Pues lo he tenido para pedir por tres veces el remedio que necesito.

—Pero ¿con qué fórmula, con qué oración?...

—Con una que yo he compuesto.

Echéme á reír muy de veras, exclamando:

—¡Tendrá que ver una oración compuesta por tí!...

Pero Boy, grave, serio y casi solemne como nunca le había yo visto, dijo enérgicamente:

—¡No te rías, que de estas cosas nadie

debe reirse!... Yo te diré mi oración y cómo y cuándo la compuse...

Y metiéndose en la cama de un salto, encendió un cigarro, y con una especie de sencillez candorosa, y por decirlo así de *naturalidad mística*, que acabó por producirme al final escalofríos en la raíz del pelo, me habló de esta manera:

—Cuando estuve embarcado en *La Blanca*, nos detuvimos en Fernando Póo más de tres meses. Había allí una gran casa de Misioneros, de los que predicán á los salvajes, y uno de ellos, que se hizo amigo mío, me regaló un librito piadoso... No lo leí por el pronto; pero un día que estaba de guardia, me lo encontré, no sé cómo, en el bolsillo de mi chaquetón de á bordo... Abrílo al azar y encontré allí una octava firmada por Lope de Vega: la autenticidad de la firma me hizo leerla; la sonoridad de los versos me obligó á repetirla, y la profundidad del concepto y su terrible alcance me hicieron leerla y releerla y meditarla hasta que la aprendí de memoria... Porque presupuesta la fe que, gracias á Dios, he tenido y tengo, jamás he visto verdades tan sencillas y triviales unirse y encadenarse entre sí con tan formidable

lógica, para llevarle á uno á la confesión de su locura y de su propia miseria... La octava es ésta:

«Yo, ¿para qué nací? Para salvarme.
Que tengo de morir, es infalible;
Dejar de ver á Dios y condenarme,
Triste cosa será, pero posible.
¡Posible!... ¿Y río y duermo y quiero holgarme?
¡Posible!... ¿Y tengo amor á lo visible?
¿Qué hago? ¿En qué me ocupo? ¿En qué me encanto?
¡Loco debo de ser, pues no soy santo!...»

Y aquella noche, paseando sobre la cubierta de *La Blanca*, entre el cielo y el mar, únicos testigos, pasaba yo revista á mis yerros, á mis goces de un minuto, flores sin raíces, locuras sin felicidad, y pensaba amargamente:

¡Loco debo de ser, pues no soy santo!

Y como no me encontraba con fuerzas para dejar de ser loco y ser santo, le pedía á Dios con toda la fuerza del convencimiento, que hiciera conmigo lo que se hace con los locos. ¡Atarlos!... Y como si le viera asomar allá en el cielo, clavado en la Cruz entre las estrellas, le decía: «¡Átame, Señor,

porque aunque ruin y manchado, te amo mucho y no quiero ofenderte!... ¡Átame, Señor, porque aunque loco y ciego, creo en ti que eres mi Dios!... ¡Átame, Señor, porque aunque sucio y roñoso como soy, espero en ti, porque eres mi Padre!...» Y esta fué la oración que compuse y rezo todos los días, reducida á logaritmos, si es que así te hace más gracia. ¡Átame, Señor, y ten piedad de mí!...

—Pero ¿es éste Boy?—preguntábame yo con una especie de pavoroso asombro.— ¿Es éste el simpático botarate que quiso hacernos creer á todos que tenía el corazón de piedra berroqueña?... ¡Mucho ha debido sufrir en estas cuarenta y ocho horas esa roca, para ablandarse así y dejar escapar á chorros los purísimos manantiales que encierra!...

Y como el enternecimiento me invadía y la emoción me ahogaba, apagué la luz de un soplo antes de que Boy se apercibiese de ello. Oí entonces su voz, que decía en la obscuridad con cierta regocijada esperanza:

—Y ¿lo ves?... ¿Lo ves cómo me oye?... ¡Mira, mira cómo me va atando!...

